

MATAMAGOS

Frederick recorría el pasillo del castillo con determinación pero con igual nerviosismo. Su corazón latía con fuerza a medida que se acercaba a las estancias de la princesa. Se detuvo un momento, dejó la bandeja de la cena que llevaba en el suelo, y se aseguró que sus nobles ropajes de tonos granate estuvieran en perfecto estado. Después se peinó su cabello castaño oscuro y se tiró el aliento a la mano para confirmar de que olía bien. Tras respirar hondo recogió nuevamente la bandeja y prosiguió su marcha.

Ya hacía más de cinco años que residía en el castillo de Vordis. Él era el hermano menor de los hijos del rey de Korela, el reino vecino con el que Vordis había estado en guerra. Cuando su padre murió, parte del tratado de paz había sido acordar que Frederick quedaría bajo la tutela del rey Grostar II de Vordis. Una estrategia diplomática que sin duda había llevado la paz durante este tiempo y que había “alentado” a su hermano mayor, ahora legítimo rey de Korela, a asegurarse que ningún soldado cruzara las fronteras. En aquel entonces Frederick era solo un niño al que no le gustó nada la ida, pues a pesar de su edad era lo suficiente consciente de que en verdad era un prisionero de guerra.

Pero la realidad fue muy diferente; el rey Grostar II le dio libertad siempre que siguiera unas pocas normas, como no salir fuera del área del palacio y que se dedicara a la vida del estudio de libros en lugar del arte de la guerra. Según el rey Grostar II decía que estas medidas eran para su protección, pero para Frederick era evidente que la intención del rey era asegurarse que nunca tuviera posibilidades de empuñar un arma en su contra.

Nada de esto le importaba. Todo lo contrario, se sentía afortunado. Con el tiempo había ganado autonomía y la gente de palacio le había cogido cariño. Pero lo más importante es que había conocido a la princesa Mariel, quien tenía su misma edad. Con el tiempo se hicieron grandes amigos y aunque no tenían el mismo estatus, ella lo trataba como a un hermano.

Pero a día de hoy ya no eran niños; Mariel había crecido convirtiéndose en una atractiva mujer y Frederick se había enamorado profundamente de ella. Esta noche Frederick había conseguido reunir el coraje suficiente para declararle su amor.

Como era habitual le habían encargado desde las cocinas que le llevara la cena a la princesa. Para la ocasión Frederick había conseguido el mejor perfume de violetas, el preferido de Mariel. Frederick suspiró delante de los aposentos de la princesa y alzando su puño se dispuso a llamar a la puerta. Entonces oyó la dulce voz de Mariel que...¿hablaba con alguien más? ¡Era una voz masculina! Frederick se quedó paralizado por un instante y luego decidió dar marcha atrás.

-¡No no maldita sea, no puede ser!. Se lamentó Frederick agitado tras unos pocos pasos.

- ¿Quién diablos comparte la intimidad de la habitación de Mariel? Si a mí no me deja entrar desde hace más de un año. ¡Dice que le da vergüenza! ¡No me puedo ir así! Tengo que averiguar de quien se trata. Seguro que es un mal entendido. Si, seguro que es eso, un mal entendido.

Tras autoconvencerse Frederick se acerca con sigilo de nuevo hacia la puerta y mira a través de la cerradura sin conseguir distinguir nada. Sigue oyendo las voces del interior pero no consigue escuchar con claridad de que están hablando. Por ello, Frederick decide poner la oreja pegada a la puerta para intentar conseguir oír con mayor claridad las palabras. Pero entonces la voz masculina cesa repentinamente y se escucha un espantoso rugido animal. Acto seguido Frederick escucha a Mariel chillar asustada.

- ¡Ya voy Mariel!. Grita Frederick mientras intenta abrir la puerta desesperadamente sin éxito.

A los rugidos y chillidos se le suma el ruido de golpes violentos y el estruendo de objetos rompiéndose. Desesperado Frederick corre por el pasillo pidiendo ayuda pero sin encontrar a nadie. Decide coger una de las espadas ornamentales que acompañaban el escudo de armas que decora el descanso entre corredores. Un arma pesada y sin filo con único propósito decorativo y que Frederick consigue llevar con torpeza de vuelta hacia la puerta. Utilizando toda la fuerza de la que dispone golpea con el vasto hierro la cerradura hasta que consigue romperla y abrirla.

La habitación estaba hecha un desastre, con vajillas y muebles rotos. El portón del balcón estaba abierto y el aire del exterior entraba moviendo las cortinas. Rastros de sangre salpicaban la cama, el suelo, las paredes. Frederick sale al balcón y desde allí ve a lo lejos en el cielo nocturno a una criatura alada del tamaño de un hombre que se aleja.

- ¡Allí! ¡mirar! Alertan unas voces desde el patio del palacio.

Desde el balcón Frederick se asoma para descubrir cuatro guardias reales apostados alrededor de Sir Maegur, un joven caballero del reino que ahora se encontraba mortalmente herido mientras se retorció en un charco de sangre.

- ¡Es Frederick! ¡ y tiene un arma! Sentencia otro de los guardias.

La espesa niebla del frío amanecer cubre las calles de la ciudad. De ella surge un jinete oscuro que se acerca lentamente a las puertas de la murallas del palacio. En cuanto los guardias le ven, empuñan sus armas y le dan el alto.

- ¡Detente! Ordena el capitán de la guardia al viajero.

El caballo reduce su velocidad hasta llegar a la altura de los guardias. Se trata de un animal fuerte pero sucio y con marcas de heridas. Tiene calvas de pelo en parte de su lomo y le falta el ojo izquierdo. El capitán estudia al jinete con los ojos entrecerrados. Pero el jinete va encapuchado con una capa de viaje desgastada de color verde oscuro que cubre la mayor parte de sus facciones.

- No se puede pasar bajo ningún concepto. Así que regresa a la ciénaga de donde has salido y mejor no vuelvas a aparecer por aquí. Amenaza el capitán.

Tras unos segundo de pausa el jinete mueve su capa ligeramente dejando ver la vaina de su espada. El gesto provoca que los desconfiados guardas se tensen y se preparen para hacerle frente. Sin embargo el capitán abre en par los ojos al reconocer el pomo plateado acabado en una gema negra de aquel arma enfundada.

- El Matamagos...susurra para si mismo el capitán.

- ¿Y bien? Pregunta el jinete con voz profunda haciendo salir del ensimismamiento al capitán.

- ¡Es el Matamagos! ¡Dejarle pasar! ¡Dejarle pasar ahora mismo pedazo de imbéciles! Grita el capitán empujando a sus soldados para que se aparten del camino y dando instrucciones para que vayan a abrir la puerta.

- Le pido perdón señor. Soy un inútil. No le esperábamos tan pronto y no le reconocí. El rey está esperando impaciente su visita. Mandaré advertir de su llegada.

- No es necesario. Él ya sabe que he llegado. Explica el jinete al enmudecido capitán. Y sin ni siquiera mirarlo azuza al caballo y se adentra en el recinto del palacio.

El rey Grostar II movía repetidamente su pie mientras esperaba con ansiedad en su trono. Hacía pocos minutos que un extraño cuervo había entrando volando en la sala del trono alborotando y graznando la palabra Matamagos, para luego desaparecer tan rápido como llegó. Sin embargo a Grostar II le pareció que en lugar de minutos ya habían pasado horas.

- Jalester, ¿seguro que el cuervo anunciaba su llegada? Preguntó impaciente el rey al mago real situado a su derecha.

- No hay duda alguna majestad. Contestó el anciano de larga barba mientras arqueaba la ceja, dando entender al rey que era tan obvio que no hacía falta magia alguna para darse cuenta de ello.

- Lo se, lo se, ¿pero por qué diablos tarda tanto? Preguntaba de forma retórica el rey mientras se rascaba con fuerza la rizada barba y cabello gris.

Se disponía a protestar cuando repentinamente las puertas de la sala del trono se abrieron empujadas por los guardias del exterior, permitiendo el paso a una figura oscura encapuchada con una polvorienta capa de viaje.

El resto de los guardias del interior de la sala se miraron de forma dubitativa, no sabiendo bien si debían permanecer quietos o salir a detener aquella misteriosa persona, hasta que el rey se puso de pie y se dirigió amistosamente al forastero.

- Matamagos, por fin, esperaba con ansias tu visita. Saludó el rey al recién llegado.

El viajero abrió su capa y se quitó su capucha para mostrar su respeto al rey.

- Majestad. Devolvió el saludo el viajero con una reverencia.

Por un momento todos las personas de la sala permanecieron en silencio observando a aquel hombre tan misterioso que había levantado tanta expectación y al que ahora podían ver con mucha mayor claridad.

Se trataba de un hombre alto y de complexión atlética, que llevaba una armadura de metal desgastado repleta de runas sobre ropa gris oscuro. Tenía una corta barba de tres días y su rostro quedaba parcialmente tapado por un largo sucio cabello rubio ceniza. Unas orejas acabadas en punta sobresalían dejando clara su parcial descendencia élfica. Pero eran sus ojos de color rojo brillante lo que llamaron la atención de los espectadores. En aquella sala parcialmente oscura aquellos ojos de color escarlata parecían emitir un fuego interior.

Fue el mago Jarester quien rompió el silencio con una ligera tos para aclarar su garganta.

- De hecho majestad, para ser correctos, su nombre es Ekendor. Y es realmente su espada quien tiene el nombre de Matamagos. Aunque su nombre se haya extendido a su portador. Una espada

magnífica tengo entendido. Explica el mago mientras detiene su mirada con curiosidad en la empuñadura del arma.

Ekendor alzó su mirada roja penetrante para encontrarse con la del mago.

- Tu fama te precede Ekendor, guardián del Bosque Tenebroso de Arrujar. Se apresuró a decir el rey para cortar la tensión creada. - He oído que eres el matador de demonios más implacable de las Fronteras sin Reino. Salvando a multitud de pueblos de infames criaturas del infierno. Todos hablan de tus legendarias hazañas. Si las gentes de Vordis pueden conciliar el sueño en paz es gracias a tu vigilante labor.

- Me honra majestad. Agradece Ekendor. - Pero no solo me ocupo de demonios. También brujas, criaturas ultraterrenales y también...<magos> se encuentran entre mis especialidades. Comenta el oscuro guerrero dando un claro énfasis en la palabra <magos> sin apartar la mirada de Jarester.

Tras una pausa tensa el rey decide proseguir.

- Bien, es por ello que te he hecho llamar. Tal como te adelanté en mi mensaje, mi hija la princesa Mariel ha sido secuestrada por una criatura demoníaca.

- Presuntamente demoníaca. Se apresura a puntualizar el mago Jarester.

- Oh diablos. Una criatura humanoide con alas ha sido siempre y será un puto demonio Jarester. Le replica el rey al mago. - Y demonio o no me da igual. Sir Maegur es un caballero experto al que no cualquiera puede derrotar con facilidad. Añade el rey señalando a un joven sentado y con varias heridas vendadas.

- Lamento no poder recordar nada. Todo lo que está en mi mente sobre esa noche está cubierto en sombras. Intenta explicar el joven caballero que emite un leve gemido de dolor al intentar incorporarse.

- Tranquilo, tranquilo Sir Maegur. Te estoy agradecido porque acudiste allí para defender a mi hija. Es una suerte que los árboles frenaran tu caída. Estoy seguro que si el traidor de Frederick no te hubiera atacado por la espalda ahora mi hija estaría a salvo. Lamenta con rabia del rey.

- La versión de Frederick es “ligeramente” diferente...intenta puntualizar el mago Jarester. Pero su argumento es tajantemente cortado con un gesto del rey.

- Le voy a sacar la verdad a ese malnacido a golpes. Ni tus buenas palabras, ni tu magia de adivinación, ni las plegarias de los sacerdotes pueden ver ni averiguar nada de lo ocurrido. Hasta la mente de Sir Maegur ha sido nublada. ¡Joder! ¿Soy el único que ve aquí con claridad la influencia de la magia oscura y del complot de ese hijo de perra? Reprocha el rey claramente enfadado a todos las personas de la sala. -Aunque si lo crees necesario, es posible que veas oportuno interrogar por tus propios medios a Frederick. Le plantea más calmadamente el rey a Ekendor.

- Mi rey, yo he venido a rescatar a la princesa de cualquier amenaza. No a esclarecer el por qué de un crimen. Me dedico a lo que soy. Y soy a lo que me dedico. Si me dais los recursos que necesito comenzaré de inmediato la búsqueda de su hija. Le contesta Ekendor al rey Grostar II.

Las rudas pero sinceras palabras del oscuro guerrero levantan las aprobaciones y rumores de las personas de la sala. El rey se queda mirando al parcialmente arrodillado medio-elfo, empuña su espada y coloca la parte plana del filo en su hombro.

- Hablas como un caballero. Afirma el rey dirigiéndose primero a Ekendor y luego alzando la voz hacia el resto de los presentes. - Si me devuelves a mi hija te convertiré en uno como recompensa. Hombres, dinero, víveres; dime cualquier cosa que necesites para rescatar a mi hija y te lo daré.

Tras una pausa dramática Ekendor alza su mirada al rey.

- Sólo necesito una cosa majestad. Sólo una. La necesito a ella....a Asha.

Los rumores de las personas de la sala vuelven a oírse tras aquella petición. Aunque esta vez están cargados de indignación y protestas.

Asha se encontraba en el fondo de su celda sentada en el suelo con las piernas dobladas y entrelazadas. Estaba desnuda salvo por unos jirones de tela que usaba para taparse el pecho y la entrepierna. No era que le importara demasiado. Ella prefería sentirse libre de ropa como cuando vivía en libertad en el Bosque Tenebroso de Arrujar. Sentía algo de pena porque su piel estaba sucia y se había vuelto más pálida por la ausencia de la luz del sol. En ocasiones un aló de luz se filtraba desde una pequeña reja con barrotes, pero los grilletes le impedían llegar a esa zona del húmedo cuarto. Desde que estaba castigada en esta asquerosa ciudad apenas había visto directamente ni el sol ni la luna.

Pero lo que más le molestaba a Asha era simplemente que tenía frío. El frío no era sólo incómodo, si no que le hacía también tener que gastar energía para mantener el calor del cuerpo si no quería enfermar y morir. Y con lo poco que le deban de comer no era posible tener toda la energía que necesitaba. Había estado durante mucho tiempo débil hasta que tomó la dura decisión de empezar a comer ratas.

Gracias a su mejorada dieta Asha había estado ahorrando fuerzas para usarlas en el momento oportuno. No solo eso; también había fabricado un pequeño punzón que le serviría de arma improvisada. Se había prometido que la próxima visita de los guardias sería la última para bien o para mal.

Asha estaba tratando de usar ese punzón a modo de ganzúa para librarse de sus grilletes cuando oyó los pasos de los guardias. No esperaba que vinieran tan pronto aquella mañana. ¿A caso ella se había entretenido demasiado y había contando mal las horas del día?

Alejó estos molestos pensamientos para centrarse en su tarea y consiguió abrir los grilletes justo en el mismo instante que se abrió la puerta de la celda.

La ágil mujer se puso de pie de un salto y se lanzó al ataque con un gruñido como un felino se lanza sobre su presa. Pero algo no había previsto; que aquel hombre que entró por la puerta no era ninguna presa; era el mayor depredador.

Asha se detuvo hipnotizada por los fascinantes ojos rojos de Ekendor, quien la miraba impasible.

- Ya es la segunda vez que no te veo venir. Aunque en esta ocasión extrañamente me alegra verte. Confiesa Asha al guerrero oscuro.

Jarester avanzaba por el pasillo de piedra con extrema precaución. Ya hacía más de una hora que recorrían los túneles situados debajo de aquella cripta a la que la mujer amazona que se llamaba

Asha les había guiado. La salvaje tenía las mejores habilidades de rastreo que hubiera conocido. Al principio todo lo que explicaba Ekendor de las capacidades de la prisionera le parecieron exageraciones. Pero después de verlo con sus propios ojos quedó realmente impresionado.

Con solo olfatear la habitación de la princesa, Asha había entrado en un pequeño trance en el que visualizó el rastro hasta el cementerio de las afueras de la ciudad. Y cuando llegaron al atardecer al lugar, la mujer lo recorrió sin dilación, guiándolos a Ekendor y a él hasta la entrada de la cripta. Asha había asegurado que el rastro de la princesa conducía allí.

El rey Grostar II no aceptó de buen grado la petición de Ekendor de liberar a Asha. Al fin de al cabo ella había matado muchos de sus soldados cuando intentaron cruzar el Bosque Tenebroso para atacar por sorpresa al reino de Korela. Los mataba uno a uno, dejando sus cadáveres despedazados como si hubieran sido devorados por fieros depredadores. Y aunque tenían cientos de soldados, fue el miedo que sintieron los hombres lo que obligó al rey Grostar II a tener que abandonar el bosque y tomar una ruta más larga para su ejercito. Una decisión que casi le cuesta la guerra y por la que el rey juró que le haría pagar a la mujer salvaje.

Jarester intentó convencer al rey de que confiara en Ekendor. Al fin de al cabo, el guardabosques había sido el hombre que había conseguido capturarla. Sin embargo no fue hasta que él mismo se ofreció voluntario para acompañar al guerrero y a la salvaje que el rey decidió aceptar.

Claro está, no es que a Jarester le gustase tener que adentrarse en lugar sucios y malolientes, pero su ofrecimiento no había sido puramente altruista. La verdad es que quería ver de primera mano si todas las proezas que se contaban del guardabosques medio-elfo eran ciertas. Pero sobre todo lo que quería era conocer lo máximo posible sobre <Matamagos>, la legendaria espada con la que se acabó con Illudan el Dorado, el mayor arcanista del Antiguo Imperio.

Y la realidad superó nuevamente sus expectativas. Ekendor había dirigido la expedición por aquel oscuro lugar como si lo conociera todo de antemano. Se paraba delante de trampas que el mago jamás habría podido imaginar para sortearlas o desactivarlas. Se había enfrentado a varios necrófagos, gelatinas, arañas gigantes y otros moradores carroñeros que habitaban aquellas tumbas con destreza y eficacia táctica, ordenado lo mínimo pero necesario para vencer con facilidad a todas aquellas amenazas. Y <Matamagos> pareció bailar una danza mortal en todos aquellos combates. Su estela de luz plateada, el sonido de su filo al cortar el aire, las runas brillantes de su hoja, y la hipnótica gema negra de su pomo...pero Jarester sabía que tras aquella belleza se ocultaba un poder de muerte, un poder que le robaba el aliento y le hacía sentir vulnerable cada vez que el arma se acercaba más de lo necesario a él.

Si solo dejara escapar esa flecha ahora podría acabar con Ekendor en ese mismo instante atravesándole la desprotegida nuca. Pero justo cuando ese pensamiento cruzó la mente de Asha el guerrero oscuro se detuvo y la volvió a mirar de reojo. La mujer sonreía para sus adentros, porque realmente empezaba a pensar que aquel hombre era capaz de leerle la mente. En todas las ocasiones que ella realmente sintió un impulso de atacar a Ekendor, el guerrero parecía haber percibido sus intenciones.

No es que ella quisiera solamente vengarse del Matamagos, el hombre que la había capturado y llevado ante el rey. Al fin de al cabo en la naturaleza siempre encuentras un depredador mayor que tú, convirtiéndote tarde o temprano de cazador a presa. Pero sus instintos salvajes le instaban con fuerza a matar a cualquier enemigo cuando mostrara debilidad. Sin embargo, ella todavía no lo había atacado. Asha se planteaba si era, o bien porque en el fondo ya no percibía a aquel hombre como un enemigo, o bien porque no existía esa debilidad...

Asha destensó el arco recurvado que le había entregado Ekendor y apuntó la flecha hacia el suelo, cuidándose bien de mantener apartada de sí misma la punta de plata encantada. “Patás”, la araña gigante del tamaño de un mastín con la que había empatizado mentalmente se acercó a ella por detrás para informarle de que no había peligros en la retaguardia. Asha acarició la cabeza peluda del arácnido y le hizo una gesto afirmativo a Ekendor. Los ojos rojos del guerrero dejaron de mirarla para centrarse nuevamente en el camino y proseguir con la marcha.

Ekendor sintió nuevamente la amenaza desde su espalda y respondió con un giro repentino. Aprovechando la energía del movimiento lanzó un corte con la espada a la altura del cuello de Jarester, decapitándolo en el acto. La cabeza del mago, todavía con ojos de sorpresa, calló al suelo de forma pesada produciendo un ruido seco.

Acto seguido el guerrero usó el cuerpo del mago, del que brotaba una fuente de sangre, para cubrirse de la flecha disparada por Asha. Al notar el sonido del proyectil clavarse, Ekendor empujó con fuerza el cuerpo hacía la amazona y saltó veloz sobre ella antes de que pudiera estabilizarse, atravesándole el pecho con una estocada certera.

O al menos eso es lo que pasó en la mente de Ekendor durante un breve instante. Otro pensamiento fugaz susurrado por la espada Matamagos, que volvía a reclamar sangre para saciarse. Ekendor desechó la idea y la dejó pasar, pero era consciente de que la influencia del arma mágica era mucho mayor de lo que esperaba.

Ya contaba que reclutar a Asha para esta misión iba a tener una parte de inconvenientes. No solo porque sentía la mirada asesina de la cazadora cada vez que le daba la espalda, sino porque la espada ansiaba su sangre. Todo eso podía controlarlo. Pero lo que Ekendor no había previsto es que el entrometido mago les acompañara. Su mera presencia era un auténtico desafío mental. Cada minuto que pasaba requería mayor concentración para no perder el control. En cualquier momento, con solo un flaqueo o duda, lo que fuera solo una idea, podía convertirse en un acto real.

Ekendor se centró nuevamente en el pasillo cuando vio una puerta al final. A primer vista se trataba de una puerta metálica vieja, que podría forzar con facilidad. Pero la visión de Ekendor le permitía no solo ver en la oscuridad, sino también distinguir el espectro mágico. Cualquier rastro de magia era percibido por el medio-elfo tan claramente como el rojo del metal candente en una fragua. Y en aquella puerta podía ver tejido un encantamiento mortal.

Miró de reojo a Asha para asegurarse de que la retaguardia estaba segura. Una vez recibió la confirmación de la cazadora, se aproximó y se arrodilló junto a la puerta para examinarla con detenimiento. Sacó una pequeña bolsa y vació el contenido de polvos plateados en su palma. A continuación susurró unas palabras y esparció el polvo en la puerta con un soplo. El brillo de las partículas de plata se entremezcló con los signos rojizos de la trampa mágica y tras unos segundos ambos desaparecieron. Después de usar una ganzúa para forzar la cerradura con facilidad, Ekendor se volvió hacia sus compañeros para advertirles.

- Estar atentos, hay un poderoso usuario de magia detrás de esta puerta. Entraremos de repente pero no hagáis nada incauto. Recordad que nuestra prioridad es rescatar a la princesa.

- Eso si todavía esta viva. Ironizó Asha recibiendo una mirada seria del guerrero como respuesta. Y con un bufido desvió la mirada asintiendo con protesta.

- Esperad mis instrucciones y actuemos de manera coordinada. Añadió Ekendor esta vez dirigiéndose al viejo mago.

Jarester simplemente asintió en silencio. Su pulso se aceleró y su mente era ahora un torbellino de preguntas sin respuestas al que no estaba nada acostumbrado. ¿Un poderoso usuario de magia? ¿Quién era? ¿Sería más poderoso que él? ¿Y cómo lo sabía Ekendor? ¿Y por qué la espada parecía brillar ahora más intensamente?

Entraron en la sala de forma rápida. Era una estancia amplia y rectangular por donde accedieron por un lateral situado en un extremo de la sala.

Ekendor se situó en el medio listo para el combate. En su mano derecha esgrimía a Matamagos mientras que en su mano izquierda empuñaba una daga larga de artesanía élfica.

Jarester le siguió un poco más rezagado quedándose cerca de la puerta, agarrando su bastón engemado con las dos manos como si fuera una lanza, preparado para desatar su magia.

Asha entró la última con rapidez para situarse en el otro flanco de Ekendor con un flecha preparada en su arco. Su araña gigante avanzó al mismo tiempo por el techo para descender a su lado.

Al otro lado de la sala se encontraba un decrepito anciano con una túnica y una capa viejas repletas de bordados de letras arcanas y símbolos cadavéricos. A su alrededor flotaban unos extraños orbes de piedra negra, que emitían una débil luz fúnebre. En su mano derecha asía una daga ritual con un filo oscuro, mientras que en su otra mano cogía un largo bastón de madera retorcida del que colgaban atados cráneos y huesos.

Entre ellos, a media sala había dos esqueletos ataviados con restos de armadura, escudos y espadas. Seguramente cadáveres de antiguos caballeros que habían sido animados. Se encararon de seguida hacia ellos con un aura oscura y una luz mortecina en la cuenca de sus ojos.

La princesa Mariel se encontraba maniatada a los pies del anciano, prácticamente desnuda. Después de recuperarse de la sorpresa les gritó auxilio mientras luchaba contras sus ataduras.

- ¡Ayuda! ¡Ayudadme os lo suplico! ¡Cuidado con los orbes, le protegen de los ataques! Añadió.

El anciano mago se quedó un momento estudiándola y después lentamente se giró hacia ellos. Su aspecto aterrador se acentuó al mostrar un rostro que era casi el de un muerto. Observó al trío de aventureros con unos ojos que eran de un azul casi brillante que resaltaba en la oscuridad. Apuntó su báculo hacia ellos mientras empezaba a pronunciar unas palabras arcanas con voz profunda.

Sin más dilación, Ekendor dio las ordenes a sus compañeros y se lanzó al ataque.